

tal, Sal Terrae, col. «Presencia teológica» n. 91, Santander 1998, 166 pp., 13,5 x 21, ISBN 84-293-1249-8.

Hay un creciente interés en nuestro país por conocer la tradición oriental desde que Juan Pablo II publicara en 1995 su carta *Oriente lumen*. En la actualidad existen pocos libros accesibles en castellano sobre la teología oriental. Éste es uno de ellos, y ya por este motivo hay que saludar su aparición.

El título del libro es más amplio que su contenido. En realidad se centra en la teología ortodoxa bizantina, griega y rusa, es decir, las Iglesias ortodoxas separadas de Roma. No se incluyen las tradiciones de las antiguas Iglesias orientales, separadas de Roma y de Constantinopla, ni tampoco quedan incluidas las Iglesias orientales unidas a Roma.

El libro tiene la virtud de presentar brevemente los grandes temas teológicos. Tras una introducción general y metodológica, aborda la antropología, la cristología, la pneumatología, la Trinidad, la eclesiología, la espiritualidad y la escatología. La brevedad, que es una característica de todo libro de «iniciación», constituye a la vez su gran riesgo, pues quedan sin precisar en ocasiones algunas afirmaciones que merecerían un mayor detenimiento, e incluso enorme matización. El autor ha hecho un esfuerzo notable de condensación y síntesis. Esta síntesis se expresa en ocasiones en contraposiciones entre la tradición latina y la oriental excesivamente esquemáticas y algo tópicas. Especial interés y acierto tiene el capítulo dedicado a la espiritualidad oriental.

En cuanto a las fuentes, no quedan claros los puntos de referencia de los que se sirve el autor para exponer la teología ortodoxa. En ocasiones no es fácil

saber si las exposiciones son ideas del propio autor, o interpretación personal, o el pensamiento genuino de la teología ortodoxa. En este sentido será útil contrastar también el libro de Karl Christian Felmy, traducido recientemente al italiano, *La Teologia Ortodossa Contemporanea*, Queriniana 1999.

José R. Villar

José Antonio CARRO CELADA, *Jesucristo en la literatura española e hispanoamericana del siglo XX*, B.A.C., Madrid 1998, 142 pp., 13,5 x 20, ISBN 84-7914-338-X.

Breve y ameno libro que responde exactamente al título con que se presenta. Carro realiza una sugerente síntesis de la presencia de Jesucristo en la literatura contemporánea tanto española como hispanoamericana. Y esa presencia, aunque es menor que la que encontramos entre los clásicos, no deja de ser importante. Y, desde luego, encuentra momentos de gran nivel literario y de acertada expresión teológica.

El A. ha distribuido su estudio en seis capítulos: I Retablo gozoso de Navidad; II Imaginación ante el silencio evangélico; III Algunas secuencias de la vida pública; IV Retablo doloroso de la Pasión; V Testimonios literarios de que Jesús vive; VI Figuras de Jesús y Jesús desfigurado. Como ya se ve por los apartados en que divide su libro, el A. sigue el orden cronológico de los sucesos de la vida de Cristo. Es este orden el que prima sobre el resto de los temas o incluso la cronología de las obras literarias.

No se trata de una simple antología de textos, sino de una presentación bien elaborada de pasajes y autores significa-

tivos de la literatura contemporánea en torno a la figura de Jesucristo. Estos pasajes vienen engarzados oportunamente por las presentaciones y comentarios del A., que resultan siempre de gran sensibilidad literaria y teológica. Conviene añadir que Carro es generoso a la hora de aportar los testimonios literarios. Y que estos testimonios están muy bien elegidos. El libro resulta, pues, muy ilustrativo y grato. Y es especialmente oportuno, si se piensa en las celebraciones del año 2000.

Naturalmente que, dado el espacio de que disponía, Carro ha tenido que seleccionar entre autores y obras. Y en este sentido cualquier observación que se haga siempre será una observación o sugerencia totalmente opinable. A veces, uno se encuentra con sorpresas verdaderamente agradables. Así sucede, p.e., con los textos de Lorca citados en las pp. 49-50, con estilo de evangelio apócrifo. Otras veces, uno hubiera deseado que se prestase atención a autores como José María Pemán o José Luis Martín Descalzo, o que se explicase mejor la intencionalidad de fondo del unamuniano San Manuel bueno mártir a cuya luz se vislumbrarían mejor las coincidencias y divergencias entre el párrafo y Cristo.

Lucas F. Mateo-Seco

SAN BUENAVENTURA, *Cuestiones Disputadas de la Ciencia de Cristo* (Francisco Martínez Fresneda, ed.), Editorial Espigas, Murcia 1999, 282 pp., ISBN 84-86042-39-9.

Con su buen hacer habitual, Martínez Fresneda nos ofrece ahora la edición crítica de las cuestiones disputadas que San Buenaventura dedicó a la ciencia de Cristo. Se trata de unas cuestio-

nes verdaderamente interesantes, pues muestran, en su claridad, cuál era la visión que en el siglo XIII se tenía de un problema en el que se mostraban no sólo las diversas concepciones de la situación cognoscitiva de Cristo durante su vida terrestre, sino también cómo se concebía la perfección del conocimiento humano, ya que los autores de esta época suelen atribuir a Cristo en su vida terrena toda la perfección humana posible en su conocimiento.

San Buenaventura trató de la ciencia de Cristo en otras ocasiones: en el *Comentario a las Sentencias*, en el *Breviloquio* y en su sermón *Cristo, Maestro único de todos*. En la introducción, Martínez Fresneda puntualiza las diferencias y variaciones entre lo mantenido por San Buenaventura en las *Cuestiones disputadas* y el resto de los lugares en los que trata de la ciencia de Cristo. Esta edición se convierte, pues, en un instrumento necesario para conocer los riquísimos matices que se dan en San Buenaventura en una cuestión muy necesitada de puntualizaciones y de matices y en la que muchos aspectos sólo pueden recibir una solución que no puede ir más allá de una mera opinión.

Desde el punto de vista del marco teológico, San Buenaventura se inserta plenamente en la teología de su tiempo en lo que a la cuestión de la ciencia de Cristo se refiere. Para hablar de la ciencia de Cristo parte, como el resto de los teólogos de su época, de la unión hipostática y de lo que, en principio, se sigue de ella como exigencia de perfección humana en Cristo. En este sentido, Buenaventura atribuye al conocimiento de Cristo toda la perfección posible, ya que estima que esta perfección viene requerida por la unión hipostática y por el carácter de Maestro del Verbo encarna-